

EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

*IMAGEN DEL P. BILLINI*  
*EL P. BILLINI y HOSTOS*



Proyecto de Digitalización  
Academia Dominicana de la Historia

Editora del Caribe, C. por A.,  
Santo Domingo. República Dominicana

1972



*Proyecto de Digitalización*  
Academia Dominicana de la Historia

EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

*IMAGEN DEL P. BILLINI*  
*EL P. BILLINI y HOSTOS*

HOMENAJE

a Monseñor Eliseo Pérez Sánchez,  
devoto dignísimo del P. Billini.

*E. R. D.*

Editora del Caribe, C. por A.,  
Santo Domingo. República Dominicana  
1972





# HOMENAJE

a Monseñor Eliseo Pérez Sánchez,  
devoto dignísimo del P. Billini.

*E. R. D.*





## L I M I N A R

*La falta de una biografía cabal del máximo filántropo dominicano, el Padre Francisco Xavier Billini Hernández, nos induce a recoger estas olvidadas páginas consagradas al egregio Sacerdote.*

*La vida del P. Billini —vida de acción y de pasión— es una de las más dignas de darse a conocer en la República.*

*Que este breve manojito de noticias del ilustre hacedor de milagros de la fe cristiana, de la educación y la misericordia, constituya al menos algún incentivo para que no tarde la aparición de la esperada Biografía del Padre Billini, que es uno de los tantos libros que nos faltan, porque no se trata del vulgar valor físico —rémora de nuestra tierra— sino del valor moral, por demás escaso en la Patria de Duarte, que tuvo en el esclarecido Sacerdote su encarnación más apasionante, su personalidad más conmovedora.*





*Proyecto de Digitalización*  
Academia Dominicana de la Historia



# IMAGEN DEL PADRE BILLINI



*Proyecto de Digitalización*  
Academia Dominicana de la Historia



—Publicada en el BOLETIN DE LA UNION PAN-AMERICANA, de Washington, edición consagrada al Día de las Américas, en 1936. Escrita a solicitud del Secretario de Estado de Educación y Bellas Artes, don R. Emilio Jiménez. Reproducida, entre otras publicaciones dominicanas, en **La Nación**, S. D., 10 marzo 1940.

## IMAGEN DEL PADRE BILLINI

Encarnación de la piedad cristiana en sus más altas manifestaciones, la fervorosa consagración al bien y el ansia de ventura corporal y espiritual para los hombres, era el sacerdote dominicano FRANCISCO XAVIER BILLINI, alma beatífica, dádiva del cielo a la vetusta villa de Santo Domingo, luz encendida el primer día de diciembre del año de gracia de 1837, para consuelo y paz de los infortunados.

Estaba en la flor de los años juveniles cuando al reclamo de la vocación manifestada tempranamente vistió la oscura túnica del sacerdote, y fue Ministro del Señor, que a El debía servirle antes que a los hombres. Las preces que entonces se elevaron de sus labios, las confesiones y los dolores de los que hallaron en su espíritu absoluciones y consuelos, las tristezas humanas y los horrores del pecado, fueron templando su alma hasta imprimirle la firmeza indispensable para triunfar en el rudo e incesante batallar que sólo llegó a serenarse ante la muerte.

¿Cuál fue la obra del humilde religioso a quien la gratitud de sus conciudadanos eternizó en el austero bronce que parece inclinarse ante



el dolor y el desamparo de aquellos que quisieran revivirle para encontrar en él las agostadas fuentes de la misericordia?

Sobre las ruinas de la ciudad de Santo Domingo, supervivencias del pasado esplendor, sólo se alzaban las elegías de los poetas y el canto de las aves agoreras, cuando el Padre Billini vino a reanimarlas. Las ruinas contiguas al vetusto Monasterio de Regina Angelorum convirtiólas en el Colegio de San Luis Gonzaga, donde, bajo su rectoría durante un cuarto de siglo, recibieran la instrucción primaria numerosos niños pobres y hallaran educación científica y cristiana no escasos ciudadanos esclarecidos que fueron o que viven aún para honra de su Patria. Entre las ruinas del Convento de San Francisco levantó la primera casa de orates dominicana. Y en las anexidades de la ruinosa cárcel de San Andrés, ya desaparecida, fundó y sostuvo el Orfelinato y la Casa de Beneficencia Pública, que, modernizada, ostenta hoy el nombre de Hospital Padre Billini.

Sus sorprendentes actividades no se limitaron a esas creaciones: predicó, litigó, fundó periódicos, bibliotecas, escuelas de artes y oficios, sociedades religiosas y patrióticas y tantas obras más que realizó o que se disponía a realizar cuando la muerte vino a detener la corriente vigorosa y fecundante del río de su esfuerzo.

Como en merecida retribución a sus faenas, la Providencia juntó el nombre del humilde y pia-



doso sacerdote al nombre más glorioso de la historia americana. El día 10 de septiembre de 1877 se hallaba dirigiendo reparaciones de la Santa Iglesia Catedral Metropolitana de Santo Domingo, cuando fueron milagrosamente hallados los restos de Cristóbal Colón, que hasta entonces se creía que descansaban en la catedral de la Habana. El nombre del Padre Billini quedó de este modo asociado a ese acontecimiento de trascendencia universal.

Pero ¿cuáles eran los recursos pecuniarios del modesto sacerdote? ¿De qué misteriosa cantera tomaba el mármol necesario para sus grandes creaciones?

Exhaustas las arcas de la Iglesia, que apenas la sostenían los diezmos y primicias de sus piadosos feligreses, el Padre Billini había de buscar los materiales que requerían sus obras en sus propias obras; fuerzas en sus propias fuerzas centuplicadas por las fecundas energías del carácter. Así, el Padre Billini, humilde y misérrimo, sin tesoro alguno que no fuese el de la voluntad fortalecida por la fe cristiana, forjaba sin cesar, creaba de la nada.

El era, también, hombre de carácter, dominador de los demás y de sí mismo. Un día, ante el oscuro déspota que le niega el perdón de unas tristes víctimas de las contiendas fratricidas, arroja al suelo, para siempre, su teja de sacerdote, y exclama lleno de santa ira: "Señor, si lo que sen-



tis es sed de sangre, saciada en mi, y perdonad a esos infelices que van a morir dentro de poco de sus heridas”.

El nombre del Padre Billini es de los predilectos en la escuela dominicana. En ella se canta, con música del inspirado Profesor José de Jesús Ravelo, el himno escrito por el poeta y publicista Ramón Emilio Jiménez, quien ha plasmado en sencillos y sonoros versos una bella semblanza del Padre Billini.

Tal era, a grandes y apresurados rasgos, el generoso, severo y altruista Padre Billini, hombre de acción tan vasta y ejemplarizadora que asombraba verla surgir de una grácil figura que parecía incapaz de contener, bajo el oscuro hábito sacerdotal, la ingente suma de energías que traspasando los límites de la virtud inerte, hacía una realidad de cada esfuerzo y una obra de paz y de misericordia de cada oscilación del alma ante el dolor ajeno.

El 9 de marzo de 1890 fue día de general e inconsolable llanto para los entristecidos moradores de Santo Domingo. El Padre Billini hacía su última obra de piedad: rendíase a la muerte, ingrátido de culpas, sereno, como el polen de la flor deshojada se entrega blandamente al aire que lo lleva al misterio. . .

Esta fue su postrera disposición testamentaria: “Pido a mis albaceas coloquen mi cadáver en



un cajón de pino en bruto y que entre cuatro lo conduzcan al cementerio”. Y estas fueron sus últimas palabras, dignas del piadoso San Francisco de Asís: “Acostadme para descansar humildemente”.

(1936)





*Proyecto de Digitalización*  
Academia Dominicana de la Historia



# EL P. BILLINI Y HOSTOS



*Proyecto de Digitalización*  
Academia Dominicana de la Historia



—Publicado en folleto, por la JUNTA PERMANENTE PRO CAUSA DEL PADRE BILLINI, en la Editora Montalvo, S. D., 1941, 9 p.

## EL P. BILLINI Y HOSTOS

Algo del aspérrimo Las Casas había en el misericordioso Sacerdote, gloria de la caridad y de la fe cristianas, cielo extendido sobre los infortunios terrenales, a quien la devoción de los dominicanos señala con el sencillo nombre de Padre Billini.

Algo del Padre Las Casas había en aquel invencible espíritu de luchador, de fervoroso Ministro de la Iglesia, de vehemente hacedor de obras de piedad y de filantropía, de beatífico amparador de desvalidos, de indesmayable educador.

Pero si Las Casas jamás cedía frente a los sabios argumentos de Sepúlveda, en sus terribles pependencias contra su propia patria; si su palabra jamás se despojaba de las violentas ráfagas del anatema, el Padre Billini dominaba al fin el oleaje de sus intemperancias, y se acogía serenamente, con espontaneidad pasmosa, al triunfo de la verdad. Tal es la distancia que hay entre el Apóstol de los Indios y el Apóstol de los Desamparados. Esa es la actitud en que Billini aparece



frente a Hostos; nó la que propalan los maldicientes.

Corría el año de 1879 cuando Eugenio Maria de Hostos llegó a la República, que ya conocia desde 1875. Al siguiente año se abrian, promisoriamente, las puertas de la Escuela Normal; se proclamaban las excelencias de los nuevos métodos educativos del Maestro y se condenaban, como retrasados y caducos, los viejos métodos en boga en las demás escuelas. En el nuevo sistema no entraban los dogmas de la religión: imperaba el carácter científico de la enseñanza, con desasimio de todo lo ajeno a los nuevos principios que eran esencia del normalismo.

¿No era ello suficiente para que la escuela, que luego sería llamada *escuela sin Dios*, promoviera alarmas en las demás escuelas, tildadas de caducas, y en los celosos hombres de la Iglesia?

La reacción, justa o injusta, era de esperarse. Y como el Padre Billini, Rector y alma del Colegio de San Luis Gonzaga, iglesia y asilo, taller y escuela al mismo tiempo, era a la vez educador y sacerdote, no fue extraño que él encarnara entonces la oposición a los métodos del reformador.

En 1881, cuando las aulas de la Normal ya estaban convertidas en fragua de ciudadanos, el señor Hostos hizo circular las *Instrucciones* en



que exponía sus principios pedagógicos, sometidas, por el Ministro de Instrucción Pública, Gruellón, al estudio de cuantos podían hacer alguna luz en la materia.

Entre los escasos opositores a las doctrinas de Hostos se distinguió entonces el Padre Billini. El ardoroso filántropo defendía, como ya lo había hecho don Isaiás Franco, la llamada *educación clásica*, y a la vez se rebelaba contra algo que tocaba a sus propios sentimientos de Rector de un instituto docente: contra la afirmación popular de que la instrucción pública, hasta la llegada de Hostos, *yacía estancada, en cuanto a métodos*.

Pero el Padre Billini, no obstante la fuerza de encendida pasión que animaba sus actos, no era hombre de armas desleales; y en su honrada impugnación a Hostos, que dió a la estampa con el título de *Los Frutos de la Normal*, combatía al Maestro y a la vez declaraba estar presto a rectificar sus opiniones, como lo haría luego, si lograba convencerse de que ellas iban por errado sendero. *¡Cuánto celebraría —exclamaba— reconocer que me equivoco, andando los tiempos! Porque no se trata aquí de emulaciones mezquinas ni de preocupaciones de escuela.*

El piadoso sacerdote no se encerraba tercamente en sus ideas pedagógicas; ni cometía la horrenda infamia de inculcar en sus discípulos rivalidades, ni torpes odios, ni malquerencias, contra



Hostos, que le habrían hecho despreciable en su propia escuela. Esa acción perversa y disolvente no cabía en semejante espíritu: bien estaba ella para otras almas menos respetuosas de las conciencias escolares.

Esa noble actitud del Padre Billini explica la actitud de sus discípulos. Y así, Gastón Deligrie, que jamás tomó asiento en las aulas de la Normal, y Félix Evaristo Mejía, y Emilio C. Joubert, y tantos otros que procedían del Colegio de San Luis Gonzaga, fueron de los más ardientes y decididos admiradores y colaboradores de Hostos.

Sin amarguras en el corazón, sin egoísmo ni recelo, el Padre Billini presenciaba ese espectáculo, y fue entonces, por propio impulso, con admirable entereza, camino de la Normal. ¡Este es ejemplo tan alto y tan emocionante como las obras de piedad que ostentan la gloria de su nombre!

El 28 de septiembre de 1884 se realizó, con esperanzas de redención moral y espiritual, la solemne investidura de los primeros maestros normalistas: Francisco José Peynado, Arturo Grullón, Félix Evaristo Mejía, José María Alejandro Pichardo, Agustín Fernández Pérez y Lucas Tomás Gibbes; y allí estaba, junto al Presidente de la República, el Padre Billini.

Allí estaba también, en febrero de 1886, en la investidura de la segunda legión de maestros



normalistas. Si el discurso de Hostos, en 1884, juzgado por Antonio Caso como la más alta página filosófica de la América hispánica, había causado intensa conmoción, el que acababa de pronunciar ahora llegaba más hondo en el espíritu del Padre Billini, porque en él exponía sus ideas morales, la exaltación de la verdad y del bien. En el corazón del Padre Billini irían cayendo, como voces del cielo, las palabras del maestro:

*Consagrado por la educación de la verdad a la alteza natural de su destino, el hombre no es hombre si no es bueno.*

*Más alta que la verdad, objeto de razón, está la justicia, objeto de conciencia. Más alto que el sabio, vive el justo; más alta que la ciencia es la moral. El criterio más infalible para conocer si un hombre se ha desarrollado en toda la fuerza de su razón, está en su vida; si hace el mal, no es suficientemente racional. Cultivar la razón para aplicarla al mal es el crimen más odioso que comete el hombre; pero es también su mayor falta de razón.*

La última exclamación del discurso de Hostos era digna de salir de los labios, cristianamente ungidos, del absorto sacerdote:

*¡Hijos de mi alma! ¡Que la luz de la verdad os ilumine! ¡Que os eduque el espíritu del bien!*

Serenamente, como si una fuerza misteriosa le impulsara, sin vanas preocupaciones por su an-





terior actitud, el Padre Billini arrojó este puñado de palabras en el silencio de la asamblea:

*La Escuela Normal tiene mis simpatías y hago votos por su prosperidad. Soy decidido partidario de la enseñanza racional, y considero esta escuela como verdadera fuente de moral y de progreso. Y creed que hablo con el corazón.*

Las sensacionales afirmaciones del Padre Billini tuvieron notoria repercusión. Cedió desde entonces, considerablemente, la errada oposición a los métodos de Hostos, y el mismo ilustre sacerdote introdujo en su Colegio el sistema educativo de la Normal, llevando a su profesorado a los maestros normalistas Félix Evaristo Mejía y Lucas Tomás Gibbes.

¡Con savia de la Normal se nutrió desde entonces el Colegio de San Luis Gonzaga! Y Hostos y Billini, unidos en espíritu, continuaron hermanados en su angustioso afán de civilización y de misericordia.

Frente al férreo Ulises Heureaux, antítesis del bien y de la luz, también estaban juntos el Maestro y el Sacerdote. Ambos protestan, con la prédica y con el ejemplo, de las oscuras demasías del tirano. Billini arroja al suelo frente a la crueldad de Lilis, la teja del Sacerdote, que llevaba en mano desde que le fue confiada la custodia de los restos de Colón, y que en prenda de gratitud por honra tan insigne jamás volvió a cu-





brir su frente. Hostos, antes que fallecer de asfixia moral, toma el camino del destierro.

Por las remotas tierras glorificadas por Ercilla, en Chile y en el año de 1890, estaba Hostos, cuando recibió la amarga nueva de la muerte del Filántropo. Como crece el dolor del hijo ausente, que no tiene el consuelo de ver los ojos de oca-so de la madre moribunda, así creció la tristeza en el alma de Hostos.

La muerte de los amigos angustiaba el espíritu del Maestro, más que todo infortunio. Y entonces, como si quisiera liberarse de dolores y de lágrimas, escribía dolientes páginas. Así cuando mueren Gregorio Luperón, Paíno Pichardo, Eugenio de Marchena, Salomé Ureña. Así ahora que bajaba al sepulcro un grande hombre que tenía alta significación en su propia vida. No lo ignoraban sus discípulos, y, juntos, le hacían, en carta dolorosa, la patética reseña de la final despedida del Filántropo. ¿No hay en ello claro testimonio de cómo la juventud rodeaba a aquellos hombres, libre de todo infecundo exclusivismo?

En la contestación a sus discípulos hizo el Maestro la mejor semblanza del Apóstol. Y antes, para ser más justo, hacía esta honrada confesión:

*Aunque yo perdí un poco el derecho de juzgar con total imparcialidad al Padre Billini, cuyo cambio en mi favor superó a la ausencia, tuve*



*motivos para reflexionar en los méritos del buen varón, y me declaro a mí mismo que, dados el medio social y la resistencia moral que tenía que vencer, eran méritos extraordinarios... Era un verdadero hombre de su tiempo. Claro que con pasiones vivas e incentivas. Y hacía bien: si no, hasta las moscas se le hubieran atrevido. Pero, aún dentro de la pasión cabe en el hombre de bien lo que nunca en el de mal; y de ahí la superioridad de Billini sobre casi todos aquellos con quienes contendía pasionalmente. Yo lo he sentido por él, por la República y por mí y he sentido su muerte como ausencia de uno con quien se podía contar para cosas buenas.*

En la extensa, en la aleccionadora carta a sus discípulos, hay mezcla de sus propios sentimientos y altísimos elogios del Sacerdote:

*He sentido de veras —decía— la noticia que ustedes me dan de la muerte del Padre Billini. Generalmente suelo no sentir la muerte de los hombres por ellos mismos: casi siempre la muerte es un descanso de una carga que no se sabe llevar, y que fatiga, o irrita, o desespera. En el caso del buen varón que tan apasionadamente buscaba y encontraba los medios de hacer bien, satisfaciéndose con deleite en él y en la buena fama que el hacerlo le atraía, siento la muerte del hombre por el hombre mismo: la vida estaba llena de objetivos, y el hombre la merecía y todavía no había llegado a la mitad de su tercera etapa. Además, siento por la tierra dominicana que haya*



*muerto uno de sus mejores hijos; y siento por la República que haya caído uno de los verdaderos ciudadanos.*

*Desde el principio, aún desde aquel principio en que el buen evangelista cometió el error de desconocerme y atacarme con franqueza, lealtad y publicidad que aplaudí y agradecí; desde el principio descubrí en la personalidad del Padre Billini el lado resplandeciente: era aquella parte de su persona moral que tenía el derecho por ideal.*

*No parece que aquel hombre endeble, ensimismado, tenaz, imperioso, consagrado a dominar voluntades para hacerlas servir a propósitos que tenía por buenos y que eran casi siempre buenos, pudiera dar asidero tan robusto a la santa pasión del derecho... Era un fuerte ciudadano. Lo ví tal en momentos capitales... La primera vez en que se me mostró ciudadano, la protesta del Padre Billini parecía tan temeraria, que yo mismo la condené en el primer momento... Hubo un momento, el más hermoso que se ha contado entre las horas de Quisqueya, en que coincidieron los votos del ciudadano por el establecimiento definitivo de las instituciones republicanas, y los votos del patriota por la definitiva solución del problema negro. El General Billini en la Presidencia de la República, y el Padre Billini en la dirección de la Sociedad fundada para la Defensa Nacional, simbolizaron entonces las esperanzas nacionales. La actitud del Presbítero fue digna de la fe que él inspiraba. Es singular que, teniendo*



como medio general de atracción los siempre coercitivos de la propaganda y la autoridad religiosa, Billini fuera para quien desde lejos y desapasionadamente lo observara, tan liberal en su conducta y tan hombre de derecho en el fondo de su ardiente corazón. Verdad es que Billini era un hombre de deber... Tan de su deber era aquel hombre, que aquello en que parecía más contradictorio de su papel de humilde, era precisamente lo que mejor modelaba en su figura los signos y caracteres del hombre de deber. Era, decían, extraordinariamente vivo y violento en sus pasiones; y muchas veces era injusto en sus arrebatos de pasión. Mas, exceptuando las que tenían carácter personal, todas las demás fluían de una concepción, falsa o certera, pero de una concepción de su deber. ¡Y ¡cosa extraña! Casi siempre el esfuerzo de su deber correspondía a algún concepto de derecho. Por eso era tan vivo, tan apasionado, tan vibrante, tan resuelto siempre, y a veces tan temerario... En suma, lo he sentido. Lo he sentido como vecino, como ciudadano, como patriota y como hombre. Y ustedes han hecho bien al rendir homenaje de admiración y de respeto, al digno de respeto y de admiración.

Así hablaba Hostos del hombre que había sido, aunque brevemente, su altivo opositor. Y antes de cerrar la hermosa epístola, la bella apología del Sacerdote, exclamaba con acentos del angustiado corazón:





*Como suspiros para el noble ido, tengo aclamaciones para ustedes. Ya se puede empezar a esperar algo de una sociedad en que un hombre como Billini tiene quien lo juzgue con justicia.*

Pensaría el Maestro, también, cómo le honrara aquel pasajero antagonismo, porque para él, águila caudal, fracaso de su vida habría sido contar sólo, entre sus opositores, al vil escarabajo; a la despreciable salamandra.

Muy cerca de la estatua del Filántropo, ahora está la del Maestro; y entre ambas se yergue la de Juan Pablo Duarte, como si alguna misteriosa divinidad, protectora de los grandes y de los buenos, quisiera hacer un solo símbolo de los símbolos que ellas representan: de Dios, de la Patria y de la Escuela.







## COLOFON

Este opúsculo de Emilio Rodríguez Demorizi, **IMAGEN DEL P. BILLINI + EL P. BILLINI Y HOSTOS**, terminó de imprimirse en la Editora del Caribe, C. por A., de Santo Domingo, R. D. el día 9 de marzo de 1972, 82º aniversario de la muerte del ilustre sacerdote.